

Flora y la historia de la ciencia

Giovanni Peraldo Huertas

A veces, muchas veces, siempre quizás, uno hace una magnífica amistad con personas que comparten muchas de tus propias inquietudes, o interés en ciertos temas, o simplemente para estar charlando, una enjundiosa charla regada por buen vino y por una rotunda amistad. Aparte de todo eso, cuando se comparten trabajos y temas de investigación, interesantes para ambos, el círculo de amistad se cierra definitivamente.

Pero cuando esa amistad se aleja, se pierde en la infinitud del tiempo, cuando por esa infinitud ya no es posible distinguirla, hablar, compartir experiencias de investigación, de vida, entonces queda uno muy solo. Se rompe algo dentro de uno y las ideas fluyen sin sentido, distorsionadas, algo se rompe ahí dentro, donde nos duele, nos cercena parte de nuestra propia existencia. Una canción española dice algo así que cuando un amigo se va algo se rompe en el alma cuando un amigo se va... Flora Solano partió a esa eternidad incomprensible, extrañable, ajena a nuestro entender. Flora Solano se alejó de su entorno, de sus seres queridos, de sus amigos, de lo que amaba hacer: nadar, reír, charlar, investigar, trabajar, vivir... Se rompió algo en el alma cuando me enteré de su partida, días después, cuando regresé al país.

Vale esta nota para llorar por dentro, para acordarnos que un día cercano, acaso lejano, estaremos partiendo para esa eternidad llena de estrellas blancas, como las que tiene Flora a su alrededor, estrellas que son sus hijas, sus nietos, sus publicaciones y logros de trabajo, los buenos recuerdos que deja en las personas que la conocimos, en fin todo lo que vivió, todo lo que amó... Logró vencer dificultades para luego remontarse a las alturas de la vida...

Flora Solano ya partió, hacia la eternidad, hacia donde nosotros, simples criaturas, no podemos otear, no somos capaces de comprender, ni siquiera el concepto de muerte, para nuestra percepción una palabra cruel, acaso irónica.

Fue el motor de los Mini congresos del CIGEFI. Ahí la teníamos, histórica enviando correos a más no poder para recordar cosas, cambiar de sitio horario una charla por otra, llevándose rabietas gratuitas con participantes, a veces, por tonterías de capirote... Algo así como arzobispo en confirma, pues lo tomaba bien en serio. En fin, ella era el espíritu de esos Mini congresos, los que organizaba tan bien.

Fue en mi curso de Geología de Costa Rica donde hace tiempo se matriculó. Ahí la conocí. Siempre charlatista, como ella con humor decía. De ahí empezó una muy buena amistad. Después tuve el honor de compartir con ella muchas publicaciones de historia de la ciencia, para lo que ambos somos afectos. Su publicación sobre la participación de Costa Rica en la Conferencia Internacional del Meridiano, que fue celebrado en Washington en 1884, la dejó exhausta, según me comentó un día que estábamos almorzando en la Casita Azul, pero que cuando lo vio publicado la había dejado satisfecha. Se sintió realmente orgullosa con esa publicación, se le podía leer en el rostro su gran satisfacción cuando me lo refería.

Sus aportes a la serie de libros de Geonaturalia han sido relevantes para el progreso del campo de la historia de las ciencias en Costa Rica. De hecho, las generaciones futuras tendrán que referir su nombre toda vez que investiguen sobre la historia de la ciencia, por ser ella un referente clave e incluso será emulada. Su inmortalidad ya está asegurada pues ahora vive en la esencia de la historia.

Nuestra última publicación conjunta es la que hace referencia a las plagas de langostas en Costa Rica para el periodo 1850 a 1950, publicación que elaboramos junto al geógrafo Adolfo Quesada, con quien investigó en México sobre el tema de los huracanes, de donde llegó pletórica de alegría

por haber encontrado mucha información valiosa para reconstruir la historia del clima en Costa Rica.

Teníamos en proyecto editar un libro sobre las plagas, investigación que la estaba cautivando, la motivaba a seguir, pero la muerte le ganó la partida. No obstante, la edición la continuaré en memoria a Flora, la incansable Flora Solano.

Desgraciadamente debe morir la persona para que otros empecemos a ver sus bondades, sus capacidades y le digamos a la eternidad lo que no le dijimos cuando lo podíamos hacer... No obstante, así es la vida, no aprendemos y seguiremos cometiendo estos terribles errores de comunicación.

Que su memoria persista en la eternidad del tiempo.